REVISTA DE AMÉRICA solicitó, hace más de un año, la colaboración de Roberto Blanco Moheno. Por circunstancias especiales, en este entonces, Roberto Blanco Moheno no aceptó. Transcurridos algunos meses y por otras circunstancias curiosas, que no hay para qué relatar, Roberto Blanco Moheno ofreció sus artículos a este semanario. REVISTA DE AMÉRICA trabaja sobre esta base: libertad para que sus colaboradores expongan sus ideas, con dos solas limitaciones: la ley de imprenta y el decoro del periódico y del colaborador. En este entendimiento, nunca ha sido alterada, mucho menos mutilada, una sola línea de las escritas por Roberto Blanco Moheno. Cuando un artículo presenta un problema, REVISTA DE AMÉRICA procede fiel a una costumbre: llama al autor y lo consulta, para que el colaborador mismo sea quien, después de escuchar las razones del periódico, acceda a corregir su artículo — o lo retire. En los casos extremos, REVISTA DE AMÉRICA no publica los artículos que no se sujeta a sus normas de conducta, y ya. En más de veinte años de tareas son contados los casos en que se ha procedido de esta manera.

En las planas inmediatas, aparece un artículo de Roberto Blanco Moheno, que es un verdadero, violento y atractivo panfleto contra Manuel Ávila Camacho, Miguel Alemán y Adolfo Ruiz Cortines. REVISTA DE AMÉRICA lo publica a sabiendas de que es inexacto e injusto, porque cree en la buena fe de Roberto Blanco Moheno, pues de otra manera no lo hubiese invitado a colaborar. Roberto Blanco Moheno no procede como Jesús Silva Herzog, con maldad, detractor gratuito e ignorante de Manuel Ávila Camacho y que, por cierto, a Victoriano Huerta. Si la ingenuidad de algunos jóvenes ha convertido a Silva Herzog en maestro —¿de qué porque no entiende a Marx? — esto es una pequeña calamidad universitaria que debe ser extirpada. Como periodista joven —entendamos que de otro tipo—, Roberto Blanco Moheno carece de informaciones correctas sobre la sucesión presidencial de 1940, sobre las causas que llevaron al poder a Manuel Ávila Camacho, hombre y gobernante al que en esta casa se recuerda con respeto porque prestó eminentes servicios a la República.

Lázaro Cárdenas, por ideología y temperamento, había llevado al país al borde de la guerra civil, cuyas consecuencias hubieran sido terribles. En Sonora y Chihuahua, como en Jalisco y Michoacán, los hombres, hombres del pueblo, hablaban de que “ya era tiempo de irse al monte”. En la sierra de Chihuahua me negaron en una tienda de abarrotes un pan y un pedazo de queso, diciéndome: “Aquí no damos de comer a los camacheros”. En una atmósfera de violencia contenida, numerosos generales revolucionarios se habían presentado al Presidente Cárdenas, desde que se tuvieron noticias de las pretensiones presidenciales de Juan Andreu Almazán, para exponerle sus puntos de vista —en ese tiempo en que los militares tenían la hegemonía política. Habló el general neoleonés Bonifacio Salinas Leal, dirigiéndose al Presidente Cárdenas:

— Venimos a saludarte y a decirte que te respetamos como Presidente de la República, como a nuestro jefe y a nuestro amigo. Pero también te declaramos todos nosotros, militares de origen revolucionario, que no puedes entregarle la Presidencia de la República a Juan Andreu Almazán.

Sin perder la calma, el Presidente Cárdenas preguntó:

— ¿Por qué?

— Porque sirvió a Victoriano Huerta, combatiendo contra nosotros con las armas en la mano. ¡No lo permitiremos!

La elección de Almazán hubiera significado también la guerra civil. No había sino cuatro hombres con la estatura debida: Gildardo Magaña, Rafael Sánchez Tapia, Francisco J. Mújica, Manuel Ávila Camacho. Murió Gildardo Magaña y entonces Luis I. Rodríguez hizo este comentario cruel: “¡El ridículo también mata!”. Rafael Tapia era un sabio respetable un humanista, con un vicio intolerable en quien aspira a regir a un pueblo: era alcohólico. En ocasiones se hacía indispensable atarlo porque nadie lo soportaba, Francisco J. Mújica hubiera ido más lejos que Cárdenas —cuando los Estados Unidos de Norteamérica estaban lejos de entrar a la segunda guerra mundial.

Reconoceré, en su honor, que el Presidente Cárdenas estaba consciente de todos estos peligros y escollos aunque ha sostenido que sólo es un intuitivo.

Sólo quedaba, por sentencia del Hado inexorable, Manuel Ávila Camacho.

Cuando Ávila Camacho declaró a José C. Valadés, en Teziutlán: “¡Soy creyente!”, lo hizo, más que para satisfacer a su conciencia, para dirigirse a un pueblo asqueado y fatigado de las persecuciones de curas, los fusilamientos de imágenes religiosas, la clandestinidad del culto, etcétera. Con esas sencillas palabras dio la paz al país. Y, hecho significativo, Sonora, tierra de Plutarco Elías Calles es hoy más católica que antes de 1940, cuando en Hermosillo sólo existían dos iglesias.

Ávila Camacho era hombre valiente. Alfredo Kawache Ramia y yo somos testigos de su conducta durante la tremenda balacera en Los Mochis —y quedan otros. Era hombre noble. Legitimó las conquistas revolucionarias. No hizo nunca uso de las leyes de excepción, promulgadas durante la guerra. Dio a México el civilismo. Cuidó celosamente de la integridad de la República.

¿No son estos merecimientos bastantes para respetarlo?

Quedan en el texto de Blanco Moheno otras pequeñas y Grandes inexactitudes. Doña Soledad Orozco de Ávila Camacho no intervino nunca en los asuntos de gobierno. Maximino Ávila Camacho, cargado de pecados, no ordenó disparar contra los obreros; fue el jefe de ayudantes del Presidente Ávila Camacho, al que éste removió inmediatamente y que aún se encuentra en servicio activo.

Hasta aquí, por hoy.